

cuando regresa de algún otro sitio; el profeta es alguien que ha venido de fuera y, a menudo, del exilio. En segundo lugar, pensar en nosotros, incluso colectivamente, como auto-suficientes, implica una cierta condena de los otros. Los respetamos e incluso aceptamos que deben de tener su propia justificación subjetiva, pero consideramos que están en un error en todo aquello que no se ajusta a nuestros propios criterios sobre la verdad, que se han erigido en parámetros absolutos. Incluso aquellos que creen en una Revelación absoluta tienen que admitir que su interpretación de esa Revelación es limitada y, por tanto, incompleta.

Todo esto es muy complejo, pero el diálogo intrarreligioso trasciende los niveles puramente sociológico e histórico. También pertenece al campo de la antropología filosófica, si queremos ponerlo en categorías. Es, en una palabra, un elemento constitutivo del Hombre, que es un nudo en una red de relaciones, es decir, una persona —y no un individuo aislado, un átomo consciente o un mero número— dentro de un complejo democrático indiferenciado. Nuestra naturaleza humana es la que nos llama a descubrir en nosotros mismos todo el mundo humano y toda la realidad. Somos constitutivamente abiertos: no sólo porque el universo entero puede penetrarnos, sino también porque nosotros podemos impregnar toda la realidad. «*Anima quodammodo omnia*» (el alma humana lo es todo, en cierta manera), dijeron los escolásticos, repitiendo a Aristóteles. Cuando hablamos del Hombre como microcosmos, esto no significa que seamos otro mundo en miniatura, al lado de una multiplicidad de pequeños mundos; significa que el Hombre es la «miniaturización» del (único) mundo, que somos el mundo a nuestra escala humana. El otro es ciertamente un *alius*, otro núcleo en la red de relaciones, «otro» individuo, pero no un *aliud*, otra «cosa», otro átomo (humano) sin otra conexión que la definida por el espacio o el tiempo estrechamente considerados como elementos externos a las mónadas humanas.

Las religiones por Ti se iluminaron,
Tú eres la esencia de todo dogma.

Fluye tu Nombre por el mundo entero,
y con Él tu glorificación se oye en todo lugar.

¡Oh, mi Rey!, el amor por Ti es la religión [verdadera],
quién no posee esa religión, es un infiel.

Veo corazones florecientes por Tu fe,
Tú eres el gozo y la alegría de todo corazón.

—Amir Moezzi (Irán, 518/1124)

—Traducido por Carlos Diego

El diálogo intrarreligioso, al ayudarnos a descubrir al «otro» en nosotros mismos —¿no está escrito «ama a tu prójimo como a ti mismo», como a tu «mismo» yo?—, contribuye a la realización personal y a la fecundación mutua de las tradiciones humanas que no pueden permitirse vivir por más tiempo en un estado de aislamiento, separadas unas de otras por muros de desconfianza mutua, o en un estado de guerra que puede estar más o menos camuflado por la emulación y la competencia. Incluso la coexistencia pacífica a menudo no es más que una forma de estrategia política para mantener el *statu quo* —preferible, indudablemente, a la guerra.

En resumen, el diálogo intrarreligioso no es una cuestión menor; no es ni una estrategia para la paz, ni siquiera un método para un mejor entendimiento. Es todo esto, y más, porque implica, ante todo, una visión de la realidad que no es monista, ni dualista ni atomista. Yo no soy el otro ni el otro es yo, pero estamos juntos porque compartimos la palabra, como dice el R̥g Veda (I, 164, 37). Nosotros *somos* en el diálogo.

«Cuando hagáis de dos uno, tan-

to en el interior como en el exterior, el exterior y el interior, el superior y el inferior... entonces entrareis en “el Reino”», indica el Evangelio de Tomás, 22. Cuando haya descubierto al ateo, al hindú y al cristiano en mí, cuando considere que mi hermana y yo pertenecemos al mismo Ser, (Ser, destino, realidad, misterio...), cuando el «otro» no se sienta alienado en mí ni yo en el otro..., entonces estaremos más cerca del Reino, *nirvāna*, realización, plenitud, *śūnyāta*...

El presente artículo es una adaptación, revisada por el autor, de un texto tomado de su libro *The Intra-Religious Dialogue*, New York (Paulist Press) 1999.

